
Cómo cazamos al
hombre del sacco

La caza de Godzilla



Era noche cerrada cuando sonó el teléfono. Me desperté sobrecogido, con la seguridad de que había ocurrido alguna desgracia. Oí la voz de mi padre que contestaba. De pronto, alzó la voz y siguió hablando de prisa, muy de prisa. Y al momento, idas y venidas por el pasillo.

—Mi padre se ha hecho daño, mi padre se ha hecho daño.

Se refería a mi abuelo Boris.

Oí cómo mis padres cuchicheaban en su habitación, mientras él se vestía. Creían que yo estaba dormido y no los oía.

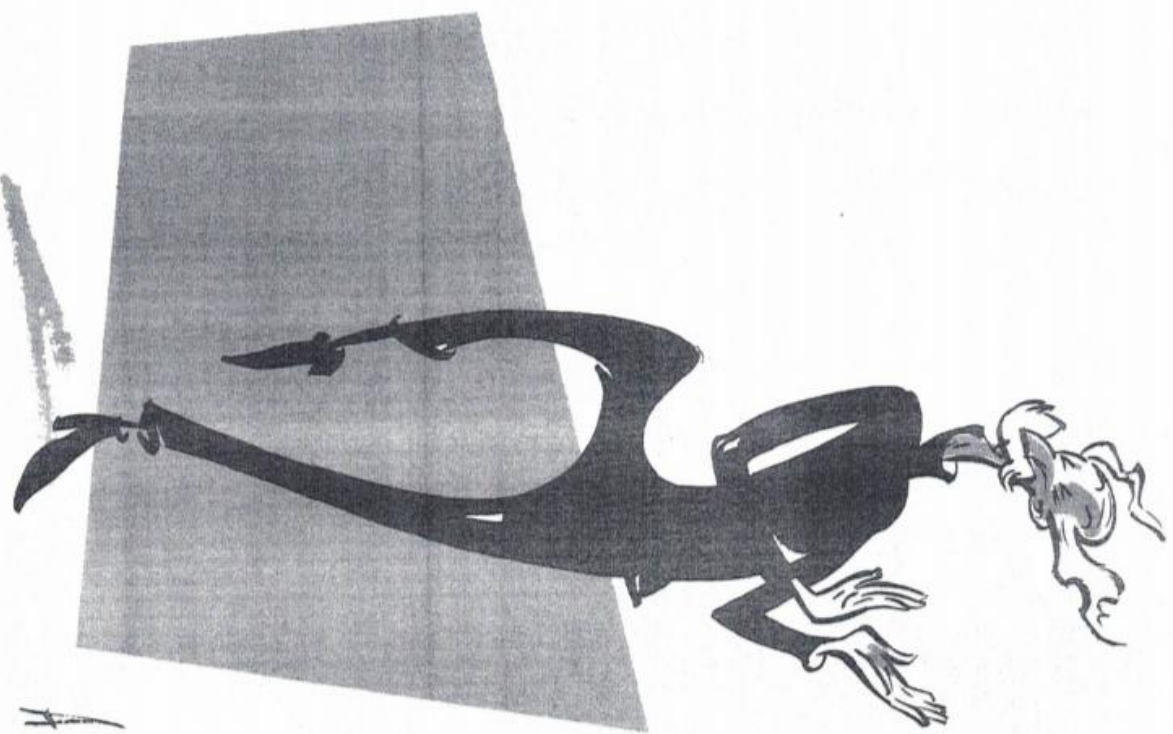
—Esto no puede seguir así. Tenemos que traer a mi padre a casa, ha de vivir con nosotros.

Mi padre no tenía la conciencia tranquila. Hacía mucho tiempo que sus hermanos, mis tíos, habían decidido que el abuelo Boris se tenía que ir a vivir a una residencia. Mi padre no estaba de acuerdo con eso, pero ellos eran mayoría (jieran cinco hermanos!) y tuvo que ceder.

—¡Cómo se nota que no lo tienes en tu casa! —protestaba tío Leopoldo, que sí lo tenía en la suya.

—Si no quieres que lo llevemos a la residencia —le decía tía Sandra—, llévatelo a vivir contigo.

Entonces, mi padre había dicho que no, que eso era imposible, porque nuestra casa era muy pequeña y estábamos muy lejos de la ciudad donde viven mis tíos, que es donde se encuentra la residencia en la que internaron al abuelo.



Mi padre es carpintero. El negocio va muy bien, pero la ampliación del almacén y del taller se ha ido haciendo a costa de nuestra vivienda, que está al lado, en una planta baja.

Pero aquella noche, cuando supo que mi abuelo Boris se había hecho daño, mi padre tomó una decisión.

—¡Iremos a buscarlo y lo traeremos a casa!

—¡Pero, Félix! Está muy lejos...

—No importa. Será como si nos fuéramos de excursión un fin de semana. Despierta al niño.

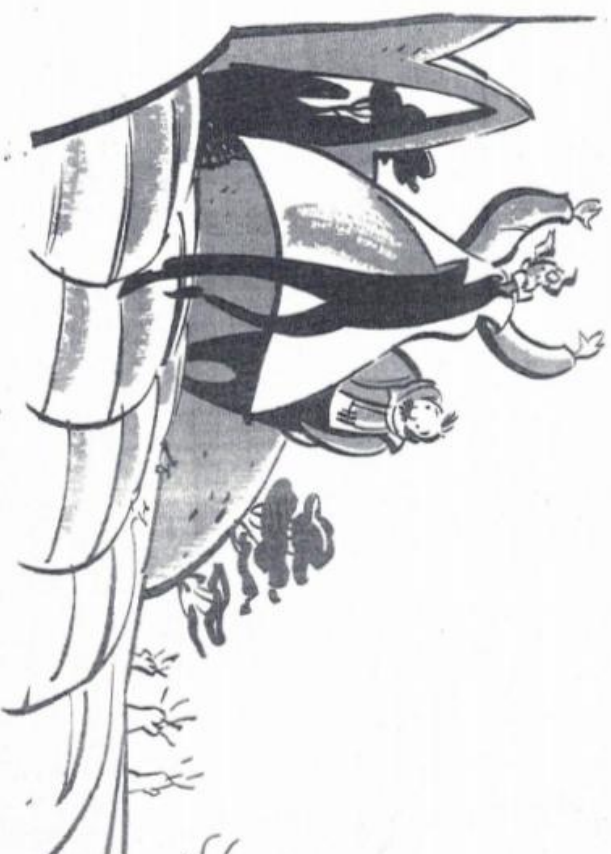
Me despertaron y nos pusimos en camino. Mi padre, utilizando el móvil, llamó a la residencia y pidió que tuvieran al abuelo preparado. Yo me imaginé que lo envolvían en papel de regalo y nos lo dejaban en la puerta de casa con una cintita.

—¿El abuelo está loco? —pregunté, para confirmar algunos rumores que me habían llegado.

—No, Daniel. El abuelo Boris sólo es un poco excéntrico.

—¿Qué quiere decir excéntrico?

—Quiere decir raro. Extraño. Estrafalario. Me imaginé un fenómeno de feria. El Hombre más gordo del mundo. El Hombre



de dos cabezas. El Hombre con cuerpo de rana. Pero me interesaba mucho dejar las cosas claras desde el primer momento y alejar toda clase de sospechas.

—O sea, que esa residencia donde está no es un manicomio —insistí.

—¡Claro que no! —dijeron mis padres después de intercambiar una mirada de complicidad para ponerse de acuerdo sobre quién debía hablar primero—. Es una residencia de ancianos.

—Bueno —respondí, decepcionado. Había visto algunas películas de locos peligrosos y sabía que daban mucho trabajo. Siempre eran asesinos furiosos y les pasaban cosas de lo más emocionantes.

Llegamos al pueblo a media tarde. Durante el viaje, mi padre había llamado a su hermano Leopoldo para comunicarle que nos llevábamos al abuelo a casa. Mi tío puso el grito en el cielo.



—No sabes lo que estás haciendo. Te arrepentirás. Nuestro padre está loco. Te hará la vida imposible.

Pero papá quiere mucho a su padre.

—¡Es mi padre! —exclamó.

Me habían dicho la verdad. A la entrada del lugar donde fuimos a buscar al abuelo había un letrero donde decía "Residencia" y otra palabra estrambótica que

no pude entender. Tenía un jardín verde y soleado con árboles y una casa blanca, como la Casa Blanca de los americanos, que parecía recién pintada. Un manicomio habría sido siniestro, de color gris, y habría estado rodeado por una tapia altísima, coronada con una alambrada eléctrica, y habría sido de noche y estaría cayendo una terrible tormenta con rayos y truenos.

Mi madre y yo nos quedamos en el auto mientras mi padre entraba en la residencia y hablaba con quien tuviese que hablar. Después de esperar largo rato en silencio, los vimos salir.

A mi abuelo Boris se le veía muy vital y animoso para ser un viejo. Larguirucho como una jirafa y delgado como un alambre. Pensé que no cabría en casa, que tendría que andar siempre agachado. Iba despeinado, caminaba muy de prisa y, mientras hablaba con papá, movía sus

largos brazos como si estuviese dirigiendo desde la pista el aterrizaje de emergencia de un avión en llamas.

Llevaba en la frente un parche curita muy aparatoso y, por debajo, se le veían un buen chichón y restos de sangre seca.

—Pero ¿cómo has podido hacerte esto, papá?

—¡Gajes del oficio, chico! —gritaba el anciano mientras se subía en el auto—. ¡Esto me lo hice mientras intentaba cazar a Godzilla!

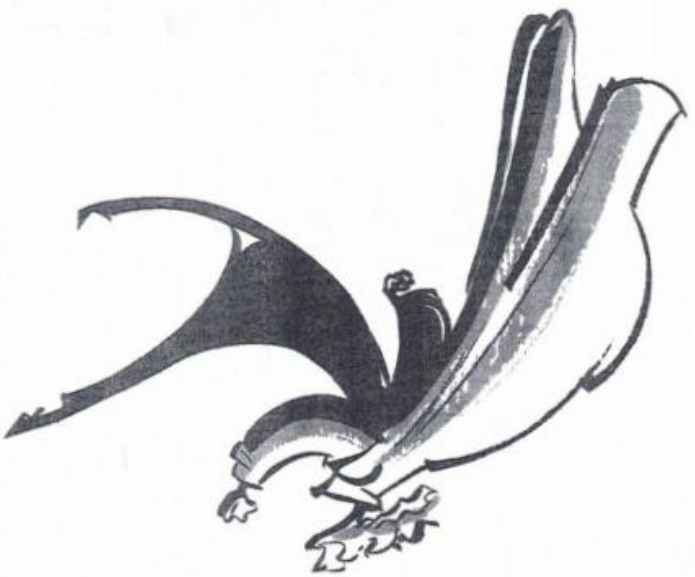
Me quedé petrificado.

—¿Tú has intentado cazar a Godzilla?

—exclamé—. ¿El monstruo?

Mi madre suspiró y miró al techo. Mi padre sacudía la cabeza preocupado. El abuelo Boris pareció sorprenderse de mi sorpresa.

Ya saben a quién me refería. Godzilla es aquella bestia más grande que el rascacielos más alto de Nueva York. Cada



una de sus patas traseras tiene el tamaño de un autobús. ¿Cómo era posible que mi abuelo Boris hubiese luchado contra Godzilla y hubiese sobrevivido?

—¡Sí, señor! ¿Acaso no lo sabes? ¡Yo soy cazador de monstruos! ¿No lo sabías? No, no lo sabía.

—No le calientes la cabeza al niño, papá —dijo mi padre.

—No le caliento la cabeza. Tendremos que conocernos, ¿no? Tú eres Daniel, ¿verdad? ¿Cómo has crecido! ¿No te gustaría echarme una mano en mi trabajo? Yo ya soy muy mayor. Necesito un ayudante joven, fuerte y valiente como tú...

—Deja tranquilo al niño, abuelo —dijo mi madre, un poco alarmada.

Durante el viaje de vuelta, mi abuelo Boris me fue relatando cómo había estado a punto de capturar a Godzilla.

—Siempre cago con cebo, ¿sabes? Como se cazaba antiguamente a los leones. Preparaban una trampa junto a un árbol, y en él ataban un cervatillo. Entonces, los cazadores se sentaban a esperar. El león ve al cervatillo y, como tiene hambre, se acerca para comérselo. Se acerca y se acerca. Y, cuando está a punto de capturarlo, pum, el cazador acciona la trampa, ¡y el león cae dentro de la red!

—¿Y qué le pusiste a Godzilla para que cayera en la trampa?

—¡Autos! —exclamó, después de un titubeo, como si pronunciase una palabra mágica—. ¡Autos! ¿No has observado cuánto le gusta a Godzilla pisar autos? La inspiración me vino cuando vi una fábrica de autos muy cerca del mar. Ya sabes que Godzilla vive en el fondo del mar.

Efectivamente: en la película de Godzilla que yo había visto, el monstruo salía del fondo del mar. Continuaba el abuelo:

—En una explanada inmensa de esa fábrica había miles y miles de autos. Pensé: «Si Godzilla viese esto, se le caería la baba». Entonces se me encendió una luz. Y fíjate bien en lo que hice.

«Grabé en una cinta de casete el sonido de la bocina de un auto. Y luego otro, y otro, y otro, hasta que, al final, resultó un ruido espantoso de bocinas de auto, el sonido amplificado de miles y miles de



autos haciendo sonar la bocina al mismo tiempo, como si estuviesen atrapados en un taco universal. Coloqué altavoces por toda la explanada de los autos para que, a toda potencia, transmitieran aquel sonido a los cuatro vientos.

«¿Comprendes? Pensé que, cuando Godzilla oyese aquel estrépito, no tendría más remedio que salir del mar a ver qué pasaba. Y cuando viera aquella extensión de miles y miles de vehículos, no podría resistir la tentación de correr a aplastarlos.

«Entonces, yo lo estaría esperando con dos aviones preparados. Entre los dos aviones, habría una gigantesca red, de alambre de acero, para atrapar al megamonstruo.

—¿Y qué pasó? —pregunté, boquiabierto. Chasqué la lengua como queriendo decir «Nada, fracaso absoluto».

—El monstruo ya se iba acercando. Podía sentirlo llegar, bajo el mar. El agua

estaba muy agitada, las gaviotas habían desaparecido y notaba temblar la tierra bajo mis pies...

Pausa.

—¿Y...? —Yo, exasperado.

—Me había subido al techo de un auto para dirigir la operación. Y entonces se pone a llover, resbalo sobre el techo mojado del vehículo, me caigo al suelo de cabeza y me hago este chichón.

—¿Y Godzilla?

—No vino. Seguramente, al observar mi brusco movimiento, se dio cuenta de que era una trampa y se retiró rápidamente hacia el fondo del mar.

—No le cuentas estas cosas al niño —protestó mi madre—, que luego no dormirá.

—A su edad, ya puede ir aprendiendo lo que es la vida —replicó el abuelo Boris.

El Hombre del Saco



Colocaron al abuelo Boris en mi cuarto, y a mí me trasladaron a la pieza de planchado, que era donde mi padre tenía instalado el computador y donde habíamos montado el enorme armario de las toallas y las mantas. Desde entonces, la puerta no se puede abrir del todo y siempre pienso que, si mi padre engorda un poco más, pronto no podrá entrar. Sólo faltaba la cama plegable. Papá dice que parece la cabina de los hermanos Marx (no sé qué quiere decir: por lo visto esos Marx tenían una cabina muy pequeña).

—¿Y por qué no duermo en el comedor? —protestaba yo.

El comedor es la habitación más grande de la casa. Está amueblado con la mesa, seis sillas, el sofá, los sillones, el televisor grande, un aparador y una mesita, y no lo utilizamos casi nunca. Comemos y cenamos en la cocina, allí hago las tareas y veo los dibujos animados en la tele pequeña.

—Porque el comedor es para las visitas —decía mi madre.

—¡Pero si nunca tenemos visitas!

No hubo nada que hacer. Me colocaron en la pieza del planchado, que también es el del computador y el de las mantas y que a partir de ese día fue «el del niño».

Por las noches, en aquella habitación llena de trastos y de sombras, tenía un poco de miedo. Ya soy mayor, y por la noche ya no llamo a mis padres cuando no puedo dormir, pero les diré en secreto

que, los primeros días de la estancia de mi abuelo Boris en casa, estuve a punto de hacerlo.

Oía al abuelo cuando se levantaba por la noche para hacer pis y, al oír sus pasos en el pasillo, me preguntaba cómo debía de ser un cazador de monstruos. Me imaginaba que podía atraer a los monstruos, que quizá en aquellos momentos la casa y el taller de mi padre estaban rodeados de monstruos.

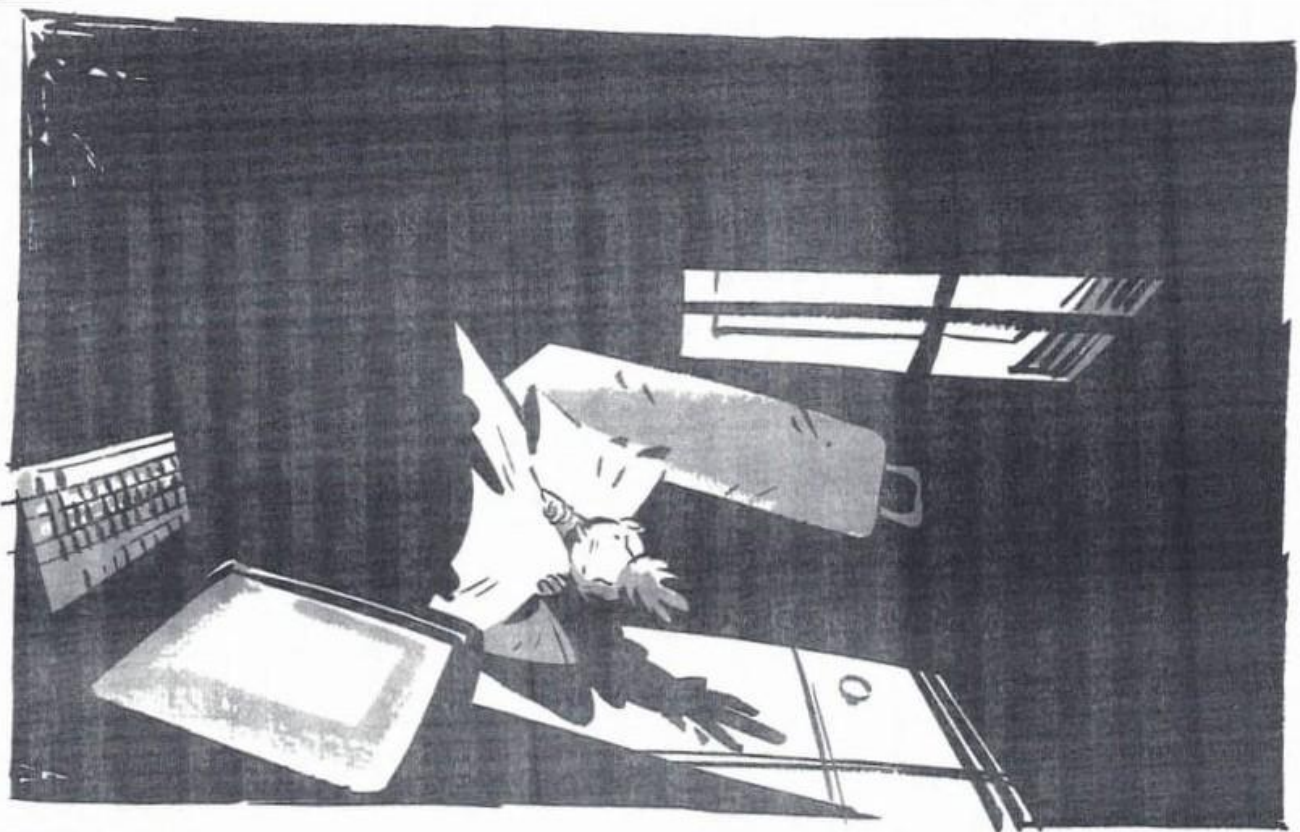
Luego no dormía muy bien, y al día siguiente, claro está, me caía de sueño.

—¡Vamos, Daniel, que llegarás tarde al colegio!

Entonces yo murmuraba algo así como «Mmmllglrrgpuffff», me daba media vuelta y seguía roncando.

Para levantarme de la cama tenían que arrastrarme tirándome de los pies.

Aquel día, estaba tan dormido que fui a tomar la leche por la oreja y se me cayó toda



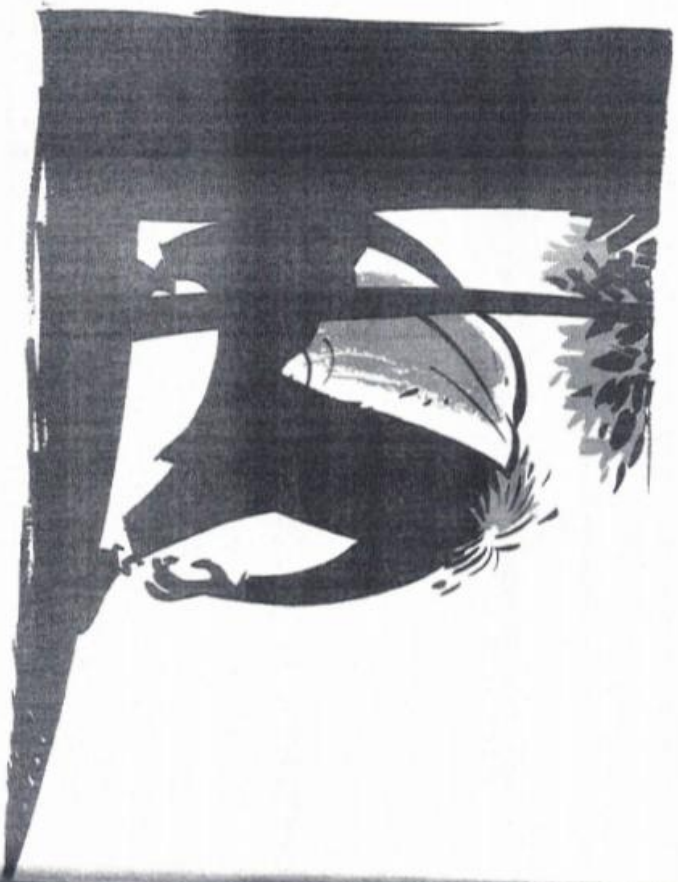
encima. Me tuve que cambiar de chaqueta, de camisa y hasta de camiseta.

Y mi madre, que a veces parece que piense que todavía tengo cinco años, dijo:

—¡Llamaré al Hombre del Saco para que te lleve con él, mala pata!

Mientras lo decía, estaba mirando la calle por la ventana, y todos los presentes dirigimos la mirada hacia lo que atraía su atención. Ya he dicho que vivimos en una planta baja, al nivel de la calle. A través de las rejas de la ventana, vimos en la acera de enfrente a un hombre desgarrado, mal afeitado, mal formado y mal de todo. Llevaba un saco medio lleno o medio vacío colgado al hombro y parecía que estuviese buscando a alguien para hacerle daño. Se me ocurrió que, si tuviese a su alcance un niño, un gato o un perro, sería capaz de soltarle una patada.

—¿Yes?—exclamaba mi madre, enfadadísima—. ¡El Hombre del Saco! ¿Qué te



parece? ¿Lo llamo? ¿Quieres que lo llame para que se te lleve?

Por un momento, pensé que mi madre sería capaz de cumplir su amenaza y tuve miedo. No sé por qué, dirigí una mirada implorante al abuelo. Creo que quería pedirle ayuda. Él era cazador de monstruos, ¿no? Pues entonces tenía que saber lo que se podía hacer en un caso como éste.

Entonces, advertí aquel relámpago en su mirada. El abuelo estaba como hipnoti-

zado por la presencia del Hombre del Saco al otro lado de la calle. Estaba tan petrificado que, si lo hubiese empujado con la punta del dedo, muy probablemente se habría caído de espaldas como una estatua.

—Ven un momento conmigo, Daniel —dijo de pronto, provocándome un sobresalto—. Ven a mi cuarto.

—No lo entretengas —dijo mi padre—. Se tiene que ir al colegio.

—Sólo es un momento.

Entramos en la que había sido mi habitación. En tan poco tiempo, ya se había impregnado de aquel olor rancio característico del abuelo. Había sustituido mis pósteres de dibujos animados por unas fotografías y unos grabados que daban miedo. Representaban distintos tipos de monstruos: desde un dragón echando fuego por la boca, hasta un Hombre-Lobo, peludo y feroz.



Vampiros, hombres de piedra, animales nunca vistos, muertos vivientes, brujas y reptiles subterráneos e inominables. Toda clase de monstruos.

Había arrinconado mis cuentos y mis revistas y había llenado los estantes con libros viejos, amarillentos y desencuadernados. El abuelo se puso de puntillas para alcanzar uno que estaba arriba del todo.

Daba la sensación de que lo había consultado muy a menudo. Era grande y pesado. Me lo enseñó con orgullo, como el padre que presenta a sus hijos.

—Nomenclátor de Monstruos —leyó el título con énfasis—. Aquí está la lista completa de todos los monstruos que existen y han existido a lo largo del tiempo. Está escrito por el conde De Plancy, que es una eminencia en estos temas.

Me habría gustado mantenerme alejado de aquel volumen. Tenía la sensación de que de su interior podían salir, de repente, todos los monstruos que contenía.

El abuelo Boris lo hojeó un momento con dedos temblorosos hasta que encontró la página que buscaba. Me la enseñó.

—Mira.

Era un dibujo de un hombre vestido a la antigua usanza, con ojos de malo y la boca muy abierta, como si lo hubiesen pillado bostezando o dando un grito horri-

ble. En aquella boca se podían ver unos dientes puntiagudos, espantosos, como los de un tiburón.

Sentí un escalofrío. Se me pusieron de punta los pelos del cogote.

—¿Lo ves? ¿Lo conoces?—me preguntaba el abuelo.

¡Claro que lo conocía! ¡Era el Hombre del Saco! ¡El hombre que habíamos visto en la calle! Sólo que ahora, a diferencia del dibujo, vestía ropa actual.

Bajo la ilustración, leí:

«Hombre del Saco (también conocido como *Papus* o *Coco*; en Inglaterra y Estados Unidos, *Boogeyman*; en Francia, *Croquemitaine*; en Alemania, *Höhemann*; en la India, *Bahú*): Especie de hombre monstruoso de la Antigüedad que se lleva a los niños que hacen travesuras. ¿Qué hace con los niños? Hay quien dice que se los come, hay quien dice que los encierra en un calabozo y les da cien latigazos cada día. Hay quien

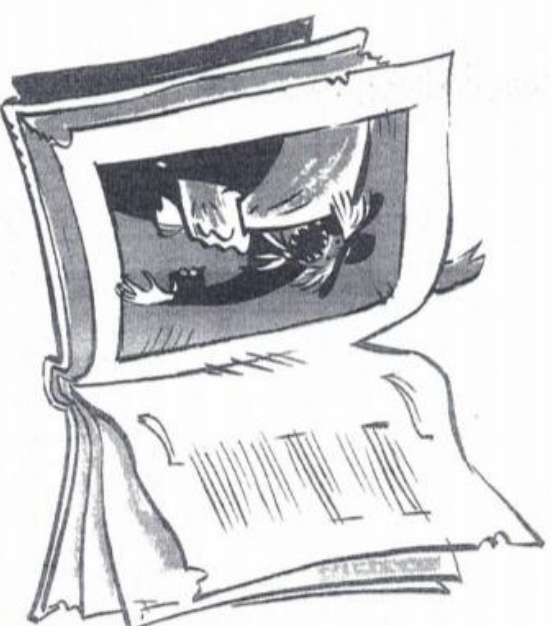
dice que es el encargado de tirar al fondo de los pozos y de los ríos a los niños imprudentes. Modo de cazarlo...».

—¡El Hombre del Saco, Daniell!—cuchicheaba mi abuelo Boris con un entusiasmo desahogado—. ¡El Hombre del Saco! ¡A nuestro alcance! ¡Y este libro enseña cómo cazarlo!

Yo estaba petrificado. No podía mover ni un solo dedo.

—¿Qué dices que vamos a hacer?

—¡Cazarlo!



—¿Cazarlo?

—¡Claro que sí! ¡Es un monstruo! ¡Se lleva a los niños, se los come, les da latigazos, los tira al fondo de los pozos! ¡Y yo soy un cazador de monstruos! ¡Y tú eres mi ayudante!

Si mis padres no me hubiesen asegurado que el abuelo Boris no estaba loco, en aquel momento habría jurado que estaba como una regadera. Por el modo de mirarme, por cómo le temblaban las manos, por aquel modo de dar saltitos y de tararear una cancioncilla.

—¡Tenemos que cazarlo, Daniel! ¡Lo cagaremos! ¿Y sabes cómo lo haremos?

—¿Cómo?

—Te utilizaré como cebo. Tienes que portarte mal, Daniel, muy mal. Así, el Hombre del Saco vendrá a buscarte... ¡Y, cuando venga, yo lo estaré esperando!

La verdad es que no me pareció muy buena idea.

Tengo que portarme mal



El abuelo no me convenció a la primera, ni mucho menos.

Sobre todo porque aquella mañana se me hacía tarde para ir al colegio y tuve que salir de prisa y corriendo sin darle una respuesta.

Pero él insistió, ya lo creo que insistió.

Me susurraba al oído, para que no se enterase mi madre, mientras yo estaba viendo la tele. O me acompañaba a comprar el pan. O me hablaba a través de la puerta del cuarto de baño mientras yo estaba sentado en el wáter y no tenía ninguna escapatoria.

De entrada, me negué con todas mis fuerzas. La sola idea de ponerme al alcance de aquel hombre maloliente que se comía a los niños me provocaba diarrea. Pero mi abuelo Boris no se daba por vencido.

—Pero ¿no ves que le pondremos una trampa infalible, que llevamos todas las de ganar? Aquí, en este libro, explica claramente los encantamientos que hay que hacer y las fórmulas que hay que pronunciar para desposeerlo de sus poderes mágicos.

«Primero, lo atraeremos hacia esta casa. Yo me encargo de ello. No me da miedo acercarme a él porque sólo es peligroso para los niños, ¿comprendes? Le diré que aquí hay un niño muy malo. Y, cuando venga a por ti, caerá en la trampa. No correrás ningún peligro, porque estamos prevenidos, ¿te das cuenta?»

«Mira —me pasaba el libro por las narices—: aquí lo explica todo. Primero tenemos que cubrirlo de harina para que

no se pueda volver invisible y poder distinguirlo en la oscuridad. Luego, hemos de cerrarle el paso para impedirle la huida. Y, por fin, con unas velas en la mano debemos decir de forma clara y rotunda: «No te escapes, oh, espíritu malvado, ser fantástico del Infierno. Ya no podrás escapar». Entonces, él intentará librarse del hechizo y caerá en una red que tendremos preparada.

Yo negaba una y otra vez con la cabeza. Que no, que no, que de ningún modo. No podía olvidar los dientes de tiburón del hombre del dibujo. Un mordisco de aquella boca me desgraciaría para toda la vida.

—Si no lo hacemos —insistía el abuelo, atacando por otro flanco—, ese monstruo continuará comiéndose y torturando a los niños, ¿es que no te das cuenta? ¡En tus manos, en nuestras manos, está la posibilidad de librar de esta amenaza a todos los niños del mundo! ¡Si nosotros lo

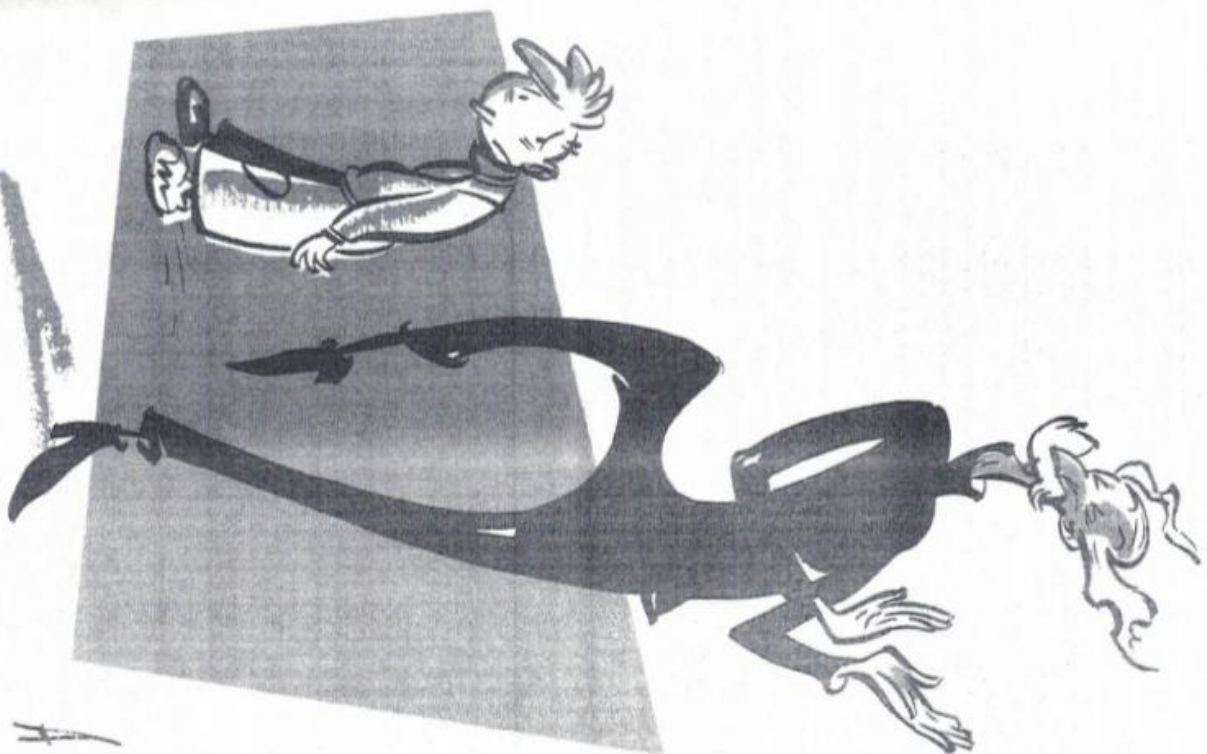
cazamos, nadie podrá llamar al Hombre del Saco nunca más! ¡Los niños podrán vivir felices sin esa amenaza!

Esos argumentos ya me convencieron un poco más. Me veía aclamado por niños de todas las razas, veía cómo me levantaban del suelo y me subían a hombros como hacen con los toreros mientras gritaban «¡Viva Daniell! ¡Nuestro héroe! ¡El más valiente!».

Finalmente, cuando mi abuelo Boris recurrió al truco de la lagrimita, me dio pena y accedí.

—Lo haría yo solo, Daniel, pero no puedo. Ya no puedo. Estoy viejo y no tengo fuerzas. Necesito un ayudante joven como tú. Si no me echas una mano, los monstruos continuarán campando libres por el mundo, asustando a la gente, matando, comiéndose a los niños...

—Vaagaagaale, está bien —concedí con un suspiro.



El abuelo celebró mi determinación con saltos y gritos de alegría. Tanto se pasó que mi padre vino a ver qué ocurría.

—Nada, nada —lo tranquilizó el abuelo, muy eufórico, mientras lo empujaba sin contemplaciones hacia el pasillo y le cerraba la puerta en las narices. Cuando estuvimos solos de nuevo, se volvió hacia mí y con un guiño travieso me susurró—: Ahora, tendrás que portarte mal, muy mal, todo lo mal que puedas.

—¿Portarme mal?

—Portarte fatal. Para atrapar al Hombre del Saco, ¿comprendes? Es necesario que tu madre vuelva a llamarlo.

Yo puse una cara de no sé-no sé. No soy un niño especialmente travieso, no me gusta hacer enfadar a mis padres. Claro que si era por una buena causa...

De este modo se inició en casa una temporada en la que parecía que todos nos hubiésemos vuelto locos.

Al dictado del abuelo, me convertí en el niño más travieso del vecindario.

—Rompe vasos —me recomendaba a hurtadillas.

Y yo:

—¿Que rompa vasos?

No quedaba otro remedio. Así que le decía a mi madre, en la cocina:

—Deja que te ayude.

Apilaba cinco o seis vasos y los dejaba caer al suelo, más o menos sin querer.

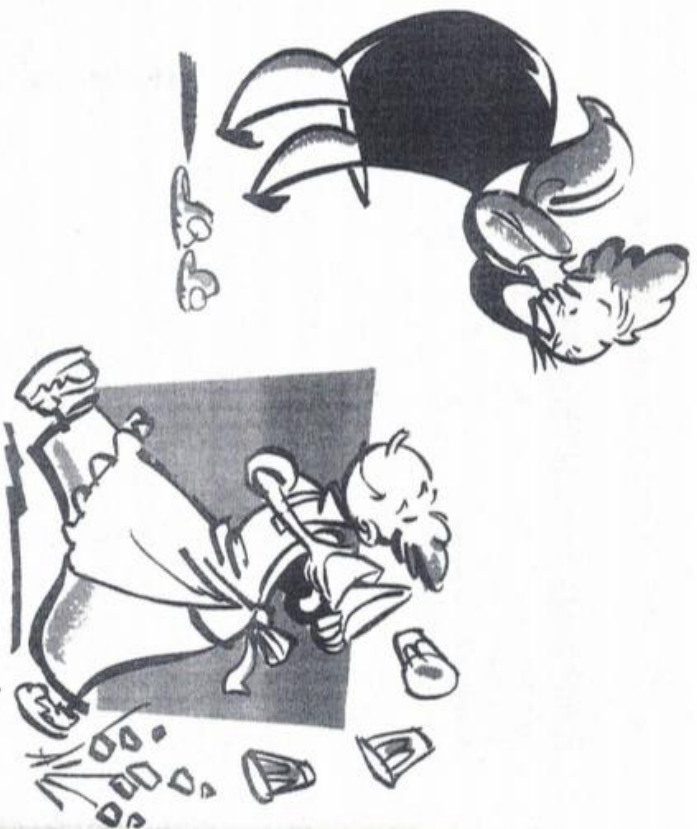
¡¡Catacingringringing!!

—¡¡Pero, hijo!! ¿¿Qué has hecho??

En este caso, el abuelo Boris me aconsejaba que me riera. Y yo me reía, «¡ja, ja, ja», como si me hiciera muchísima gracia. Entonces, mi madre se subía por las paredes.

—¡¿Y aún tienes el descaro de reírte?!

—Este niño es un demonio —decía el abuelo. Y aconsejaba—: Tendrías que llamar al Hombre del Saco.



Me castigaron sin mesada esa semana y a pasarme toda la tarde encerrado en mi habitación. Pero ni se les pasó por la cabeza invocar al Hombre del Saco.

De modo que el abuelo me ayudó a cargar un gato de la calle.

No fue fácil. Me puse guantes para evitar los arañazos, pero me deshilachó las mangas del chaleco y me alcanzó la

cara. Lo metí en una caja y me presenté en casa forcejeando con el gato, que quería escaparse y cada vez se enfurecía más y más.

—Pero ¡¿qué traes aquí?! —chilló mi madre.

—Un gato. Me ha seguido por la calle y no puedo quitármelo de encima mentí, mientras apretaba con las manos la tapa de la caja para que el gato furioso no se escapase.

—¡No mientas! —A mi madre le pone muy nerviosa que yo diga mentiras.

—A los niños que mienten —intervenía el abuelo, como quien no quería la cosa— se los lleva el Hombre del Saco.

—¡No quiero animales en casa! ¿De dónde has sacado este gato? ¿De la calle? ¡Seguro que estará lleno de pulgas! ¡Hasta puede que esté enfermo y te contagie cualquier cosa! ¡Haz el favor de echarlo de casa inmediatamente!

Les dije a mis padres que me había deshecho del gato, pero no era verdad: lo había encerrado en el armario de las toallas y de las mantas.

—Que no lo vean, que no lo vean—decía yo.

—Pero ¿por qué lo dices?—exclamaba el abuelo—. ¡Al contrario! ¡Tienen que verlo!—Y se le ocurrió una idea—: ¡Átale unos cuantos cacharros a la cola!

—¿Quéééé?

—Que le ates unos cuantos cacharros a la cola. Hazme caso. Cuando yo era pequeño, lo hacíamos para divertirnos. Yo te ayudaré.

El gato estaba sucio y era repugnante y feroz. Aunque lo agarré por el pescuezo, me arañó por todas partes. Además, estoy seguro de que aquel animalote tenía pulgas, porque en seguida empezó a picarme todo el cuerpo.

A mi abuelo Boris le encantó que me destragara el chaleco, porque decía que

aquello también haría enfadar muchísimo a mis padres.

La verdad, a mí todo esto me daba cargo de conciencia.

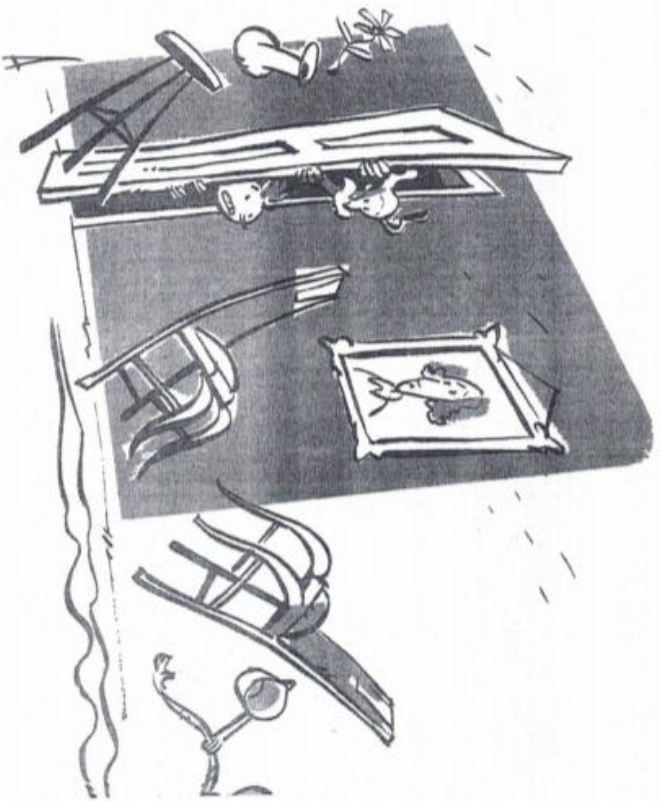
Entre los dos, atamos a la cola del gato un montón de ollas y cacerolas. Luego, abrimos la puerta de la habitación y soltamos a la fiera.

Al oír el ruido a su espalda, el gato se asustó y salió disparado. Cuanto más corría, más estrépito hacían los cacharros rebotando de un mueble a otro y más se asustaba el gato, que ya parecía completamente loco, pasando de la sala a la cocina y de la cocina a la habitación de mis padres.

Mi madre pidió auxilio y se encaramó a una silla. Mi padre vino corriendo del taller.

Se produjo una confusa persecución.

Cuando mi padre lo recuerda, dice: «Una hecatombe. No se puede definir de otro modo: una hecatombe».



Persiguiendo al animal, rompimos un jarrón, el cristal de una ventana, una silla, y se descolgó el cuadro de la familia de mi padre.

Finalmente, echamos al gato de casa y, entonces, mis padres se volvieron hacia mí con las miradas más terribles que jamás les he visto.

—¿Daniel...?? —dijeron a coro.

—¿Por qué no llaman al Hombre del Saco de una vez? —sugirió el abuelo.

—¡Calla, papá, por favor, no te metas en esto! —exclamaron mis padres al unísono. Esta vez me condenaron a un mes sin postre, sin cine y sin recibir amigos en casa. Ni se les pasó por la cabeza la idea de llamar al Hombre del Saco.

El abuelo, a escondidas, me llevó una manzana a mi cuarto. Y me dijo:

—No te rindas, Daniel. Piensa que yo sigo preparándolo todo por mi cuenta. Al final, lo conseguiremos.

Lo que yo quería, de verdad, era rendirme, pero no me atrevía a decirselo.



La señora de los abrigos de piel



Mi abuelo Boris me había dicho: «Tú, tranquilo, que yo sigo preparándolo todo por mi cuenta». Y yo, al verme castigado y fracasado, me preguntaba qué habría querido decir con aquellas palabras. ¿Qué estaría tramando?

¿Quiéren saberlo?

Conseguí que el Hombre del Saco se quedase en el barrio, cerca de la trampa que le estábamos preparando.

Puesto que él era mayor y no tenía por qué temer al monstruo, se acercó al bar de la esquina donde el Hombre del Saco

acostumbraba pasar algunos ratos to-
mándose un café con coñac.

El abuelo lo había localizado allí el mismo día que lo descubrió mi madre. Esperó a que yo me fuera al colegio y después salió a la calle y recorrió tienda por tienda, preguntando si habían visto al Hombre del Saco. Finalmente, alguien le dijo que aquel hombre malcarado y andrajoso era cliente habitual del bar. De modo que el abuelo se dirigió hacia allí, en su busca.

El Hombre del Saco no le quitaba ojo a la casa contigua a la nuestra. Seguramente lo hacía para disimular, porque allí no vivía ningún niño. En la casa de al lado, con jardín, piscina y dos terrazas, vivía una familia que había ganado cientos de millones con la Lotería el mes anterior. Eran los Rossell.

Nuestra vecina, la de los abrigos de piel, venía con frecuencia a protestar por-

que la sierra mecánica de la carpintería hacía mucho ruido y no le dejaba dormir la siesta. No sé qué pretendía. Quizás pretendía que mi padre dejase de trabajar o que nos trasladáramos al otro extremo de la ciudad. Mi padre le contestaba que nosotros estábamos en el barrio desde mucho antes que ellos, de modo que no pensaba moverse de allí ni variar su modo de ganarse la vida.

El Hombre del Saco no quitaba ojo de aquellos abrigos, aquellas joyas y aquellos autagños descomunales que entraban y salían de la mansión. Por eso, días después, por el barrio corrió el rumor de que era un ladrón que quería robar a los ricos de al lado. No podían sospechar que su auténtico objetivo era yo y que estaba esperando la mejor ocasión para venir a buscarme.

De eso se había encargado el abuelo.

Tarde tras tarde, entraba en el bar, pedía un café con leche, se apoyaba en la barra al lado del monstruo y comentaba:

—¡Tengo un nieto más travieso...! No sabemos qué hacer con él. Es peor que la tía. Su madre ya no sabe qué inventar para castigarlo...

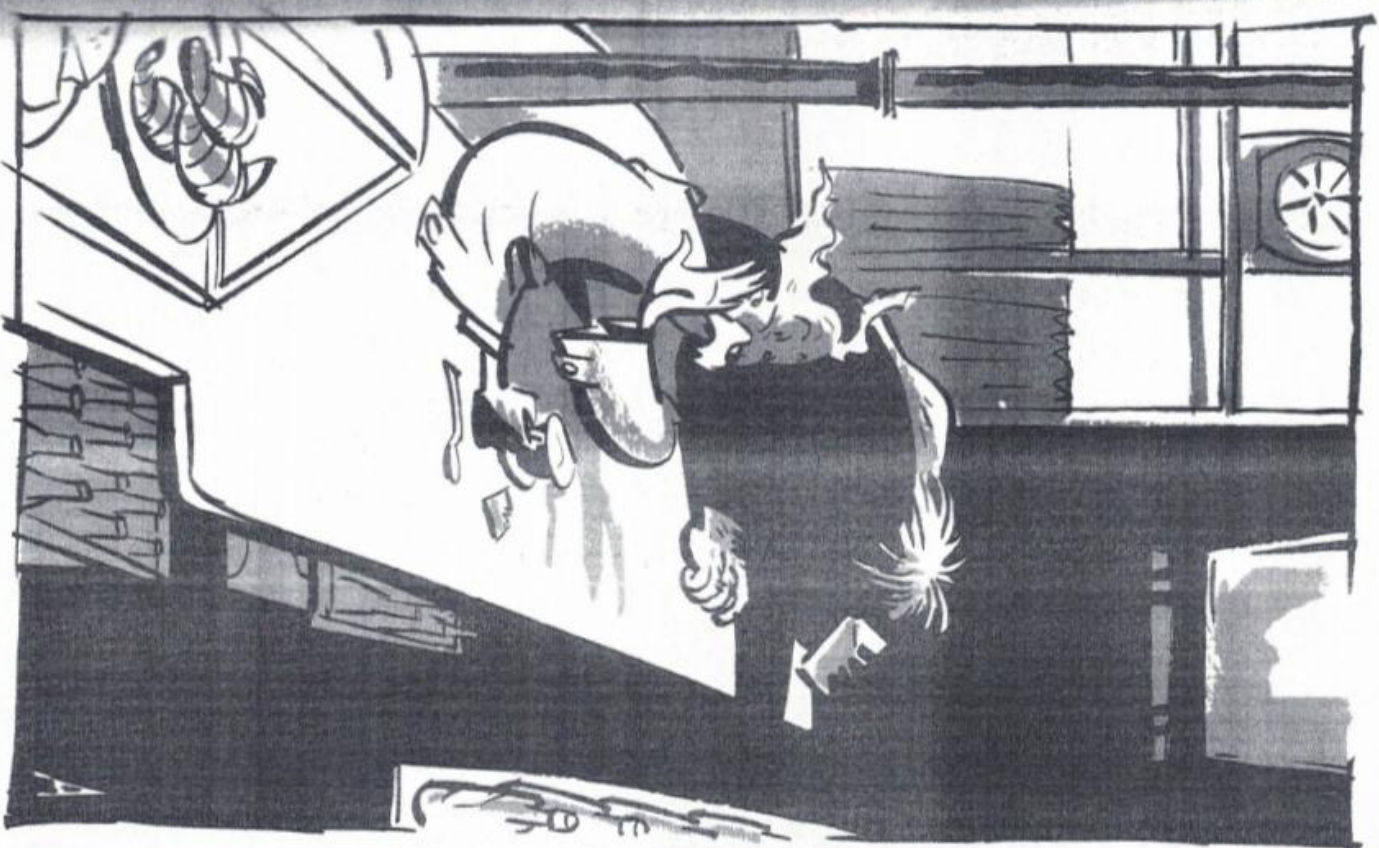
Y miraba al Hombre del Saco de reojo, como preguntándole «¿Qué le parece?». Y el Hombre del Saco disimulaba y hacía como si no le oyera.

—¿Sabe qué ha hecho hoy ese bandido, que es la mismísima piel del diablo...? El abuelo insistía, y le contaba la travesura del gato, o el estropicio de los vasos.

Y el Hombre del Saco seguía sin darse por aludido.

Llegó un momento en que el abuelo empezó a desesperarse.

—¿Y si el monstruo es sordo o mudo? ¿Y si es ciego? —se preguntaba, cada vez



más nervioso—. ¡A ver si lo que le interesa es la señora de los abrigos de piel!

Pero en seguida se le ocurrió otra idea. Al abuelo siempre se le ocurrían nuevas ideas.

Aquella noche, cuando ya me había metido en la cama, vino a verme y me chicheó al oído.

—Mañana tienes que hacerle una travesura a la vecina de al lado, a la de los abrigos de piel.

—¡No! ¡Ya no más, abuelo! —protesté—. ¡Mis padres acabarán metiéndome en un reformatorio! ¡Ya no saben qué hacer conmigo! ¡Hasta me quieren llevar al psicólogo!

—Una vez más. Sólo una vez más —me suplicó—. Hazlo por todos los niños del mundo.

—De acuerdo —cedí—. Pero que sea la última vez. ¿Me lo prometes?

Cuando el abuelo prometía algo, emitía un extraño murmullo que no le comprometía a nada.

De modo que, al día siguiente, le preparamos una trampa a la vecina enjorjada de los abrigos de piel. Lo primero que hice, a la hora de la siesta, fue conectar la sierra mecánica del taller de mi padre, con su chirrido insoportable.

Debo decir que es un estrépito ensordecedor que se clava en el cerebro y se instala en la cabeza provocando una migraña que te aboca a la locura. Bueno, más o menos. Mi padre y sus operarios sólo lo soportan con tapones de cera en los oídos.

No hacía ni un cuarto de hora que había empezado a sonar ese tormento estremecedor cuando la vecina de al lado, con el abrigo de piel flotando como una capa, sobre la bata, y luciendo sus anillos de brillantes y perlas, vino a protestar.

—Pero ¡qué se han creído?! ¡Ya no se puede ni dormir la siesta con tranquilidad...!

Mi padre se disculpaba diciéndole que no se explicaba lo que podía haber sucedido, mientras me buscaba con la mirada, cavilando qué castigo ponerme.

Desde el bar de enfrente, el abuelo y el Hombre del Saco no perdían ni un detalle de lo que estaba pasando en casa.

Vieron, pues, perfectamente, cómo yo entraba en escena, tiraba de aquel valiosísimo abrigo de piel rápidamente y me lo llevaba corriendo a toda velocidad. Como la vecina no había metido los brazos en las mangas, no me resultó difícil.

No lo hice con intención de robármelo, por supuesto que no. Sólo quería ver la bata floreada, ajada y deshilachada que llevaba debajo. La señora dio un grito y salió corriendo detrás de mí. Y nos encontramos en la calle, corriendo por la acera, yo delante con las pieles y la se-



ñora detrás, con aquella bata y aquellas zapatillas, gritando como si hubiese visto al mismo demonio.

Y fue entonces cuando el Hombre del Saco entró en acción. Dice el abuelo que esa travesura mía le agotó la paciencia. Venía directamente hacia mí, no había duda. El abuelo incluso se asustó. ¿Y si aquel monstruo me atacaba, me mataba y me comía allí mismo, en plena calle?

Yo también lo vi venir. Les juro que el monstruo tenía clavados en mí aquellos



ojos malvados y que hacía una mueca con la boca que no me gustaba nada.

Me asusté. Me asusté tanto que di media vuelta y me dirigí hacia la señora que me perseguía ofreciéndole el abrigo y gimoteando:

—¡Tenga el abrigo, tenga el abrigo! ¡No se lo quería quitar! ¡Tenga su abrigo!

Al ver que me arrepentía de mi mala acción, el Hombre del Saco se detuvo, se relajó y volvió al bar.

El abuelo dejó escapar un suspiro de alivio. Por un momento, él también había tenido miedo.

La señora del abrigo de piel me soltó una bofetada. Y mi padre (que no me ha pegado jamás) exclamó:

—¡Muy bien hecho, señora!

Yo me eché a llorar, y mi padre, agarrándome de una oreja, me arrastró hacia casa... Etcétera. No hablemos de cosas tristes. El castigo que me impusieron fue tan terrible que no quiero ni recordarlo.

En el bar, cuando el Hombre del Saco volvió a su lugar junto a la barra, el pro-pietario le dijo:

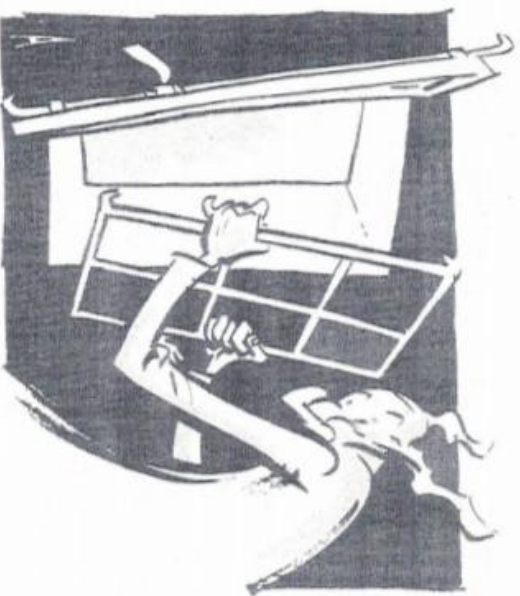
—¡Eh, compadre! ¿Adónde ibas? ¡Ya creí que te escapabas sin pagarme el coñac!

El Hombre del Saco pagó sin rechistar. El abuelo se acercó a él y, como quien no quiere la cosa, dijo:

—Este niño es un maleducado. Ya no sabemos cómo castigarlo. ¿Sabe cuál fue

la última que nos preparó ayer? —Nadie parecía tener el menor interés por saberlo, pero el abuelo continuó—. ¡Rompió la reja de la ventana! —Y señalaba la reja de la ventana que se abría a la calle—. ¿Se imagina? ¡Cualquiera podría entrar por ahí!

Los ojos del Hombre del Saco se iluminaron instantáneamente. Hizo una de aquellas muecas desagradables, se tomó el resto del coñac de un trago y se alejó dando largas zancadas como si acabase de recordar que llegaba tarde a algún sitio.



El propietario del bar se apoyó sobre la barra y le dijo al abuelo:

—Me parece que no le tendría que haber dicho lo de la ventana a ese tipo.

—¿Ah, no? ¿Por qué? —respondió el abuelo, disimulando.

—No me extrañaría nada que fuese un ladrón. —El abuelo sonrió. ¡Qué equivocado estaba el pobre hombre!—. No se ría. ¿No ha visto cómo se dirigía directamente a su nieto? Estoy seguro de que quería arrebatarle el abrigo de piel. Un abrigo de esa categoría debe de valer mucho dinero, ¿sabe? —El abuelo le dejaba hablar—. ¿No se ha dado cuenta de cómo miraba a esa ricachona? Ya lleva varios días merodeando por aquí, observando la mansión y sus movimientos, para ver el modo de entrar en ella a robar.

—¿Está seguro? —respondió discretamente el abuelo, por decir algo.

—¡Ya lo creo! No me extrañaría nada que esta misma noche se colase en su casa.

—¿En nuestra casa? ¿Para qué? En el taller de un carpintero no encontrará gran cosa.

El propietario del bar sonrió.

—¡Claro que no! Pero dése cuenta de que, desde el taller de su hijo, encaramándose a las maderas, se puede alcanzar fácilmente la ventana superior de la mansión. No me extrañaría nada que ese hombre estuviese planeando entrar en la casa por esa ventana para robar las joyas y el dinero que estos nuevos ricos deben de tener en casa.

El abuelo movía la cabeza tristemente.

No le podía decir al camarero que se trataba del Hombre del Saco. Seguramente, el otro se habría muerto de risa. El abuelo estaba convencido de que era una de esas personas que no creen en la exis-

tencia de los monstruos. En todas las películas de miedo salen personajes de éstos. Y el que asegura que el Hombre-Lobo no existe, siempre es el primero que cae.

Por lo tanto, optó por no seguir hablando de ello y se fue a casa.

Cuando llegó, me encontré castigado y muy enfadado.

—Nunca más —le dije—. ¿Me oyes, abuelo? ¡Nunca más! No volveré a hacer ninguna travesura...

El abuelo me interrumpió:

—Ya no será necesario que hagas nada más. Esta noche lo caçaremos.

—¿Ah, sí?

—Estoy seguro de ello —dijo, mientras estudiaba la reja de la ventana.

En seguida comprobó que la reja se podía poner y quitar cómodamente. De modo que la quitó para facilitar la entrada del Hombre del Saco en casa.

Cacería nocturna



Todo estaba calculado: aquella noche, mis padres no iban a estar en casa. Se vistieron de gala para ir a cenar con unos amigos. Le dieron las últimas recomendaciones al abuelo:

—Procura que el niño se acueste pronto, ya sabes que mañana tiene que madrugar. Y no olvides que está castigado y no puede salir de su cuarto hasta mañana. Y para cenar, acelgas y pescado.

¡Puajj! Las comidas que más detesto.
¡Lo hacían a propósito!

En cuanto mis padres cerraron la puerta, mi abuelo Boris puso manos a la obra para organizar la cacería. Sacó dos sacos de harina y dos velas que tenía escondidos en su habitación y colocó sobre la puerta del comedor una red plegada con un cordelito que llegaba hasta un lugar estratégico. A continuación me hizo aprender de memoria la fórmula mágica que debía privar al Hombre del Saco de sus poderes maléficos.

—¿Y si no viene? —preguntaba yo, un poco asustado.

—Vendrá —respondía el abuelo con la seguridad incontestable de los iluminados.

Vino.

Estábamos escondidos cada uno en su habitación, a ambos lados del pasillo, abrazados a los sacos de harina que, según indicaba el libro del abuelo, le tenía-

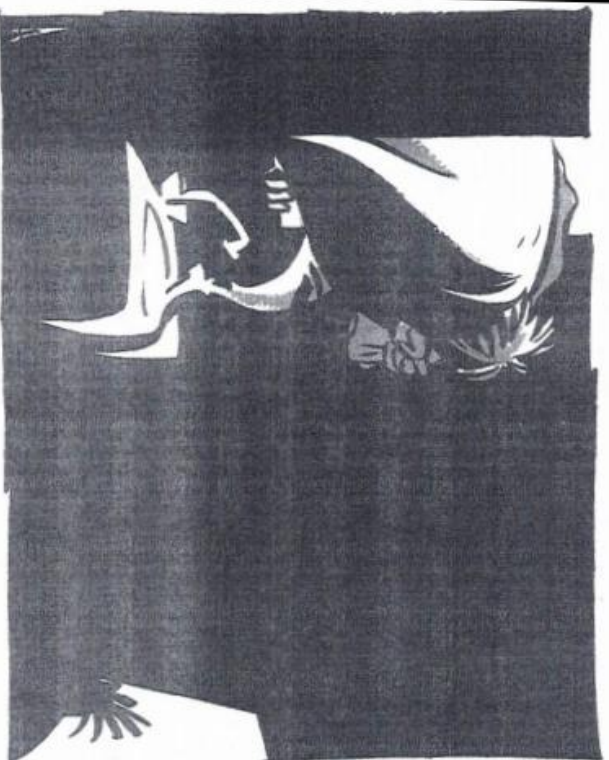
mos que echar por encima para evitar que se volviera invisible. Entretanto, yo repasaba mentalmente la fórmula mágica que había de recitar con el cirio en la mano.

Estaba temblando, no lo puedo negar. Tenía miedo. Si algo salía mal, ya me veía entre las poderosas garras del Hombre del Saco. Ya veía sobre mí aquellos afilados dientes de tiburón.

De pronto, oímos ruido en la ventana. Di un brinco y tuve que taparme la boca para no chillar.

¡Se estaba abriendo la ventana!

Al no encontrar obstáculo, el Hombre del Saco había podido entrar en la cocina. Seguramente, él estaba convencido de que no hacía ningún ruido, pero yo distinguía perfectamente el sonido de sus zapatos rozando el suelo, la puerta de la cocina que hacía ñiic, los pasos casi inaudibles pasillo adelante...



¡Ya estaba pasando junto a las puertas de nuestras habitaciones!

¡Uno, dos, tres, teníamos que actuar!

El caso es que no habíamos podido ensayar y no sincronizamos nuestras acciones. El abuelo abrió la puerta de su cuarto un poco antes que yo, y los dos lo hicimos cuando el Hombre del Saco ya había pasado de largo. De modo que lanzamos los sacos de harina al pasillo cuando ya era demasiado tarde.

De hecho, todo el contenido del saco del abuelo cayó sobre mí, y el mío lo cubrió a él de pies a cabeza.

¡Pero se organizó un estrépito tan grande y tan súbito que asustamos incluso al monstruo!

Oímos cómo exhalaba un grito de sorpresa y echaba a correr hacia el comedor. Desesperado, temiendo que se volviera invisible, el abuelo tiró del cordel que debía desplegar la red.

La red era espesa y blanca, casi como una sábana y, cuando inesperadamente se desplegó ante el Hombre del Saco, él emitió otro grito e intentó retroceder...

... Pero se topó con el abuelo y conmigo (cubiertos de blanquísima harina) con una vela encendida en la mano, recitando solemnemente:

—¡No te escapes, espíritu maligno, ser fantástico del Infierno! ¡Ya no podrás escapar!

Yo estaba tan nervioso y asustado que creo que dije algo así como:

—¡No te escapes, oh, espíritu maligno, somos fantasmas del Infierno! ¡Ya no podrás escapar!

La magia del sortilegio era definitiva, porque el Hombre del Saco profirió un alarido inhumano. Vi cómo se convulsionaba todo él, como si las piernas y los pies se le disparasen cada uno por su lado; mientras la pierna derecha pataleaba frenéticamente, incontrolable, la pierna izquierda parecía querer dirigirse hacia el comedor; mientras el brazo derecho se levantaba hacia el cielo con la mano extendida y volvía a bajar para despeinar su cabeza, la otra mano se movía a toda velocidad, como si quisiera echar a volar.

Y el grito.
Pareció una sirena de ambulancia, el maullido de un gato cuando le pisan

la cola, la sierra mecánica del taller de mi padre.

Fulminado por nuestra magia blanca, el monstruo dio media vuelta y, tal como había predicho el abuelo, se metió de cabeza en la blanca red, en la que quedó envuelto, y fue a parar al comedor como una bala de cañón.

Allí, resistiéndose a la derrota, se convirtió en una fuerza destructora de la naturaleza. Iba de un lado para otro destrozándolo todo. Jarrones, cristales, cuadros, la vitrina y todo lo que había dentro, la cristalería y los platos...

—Dejemos que descansen —aconsejó el abuelo un tanto asustado.

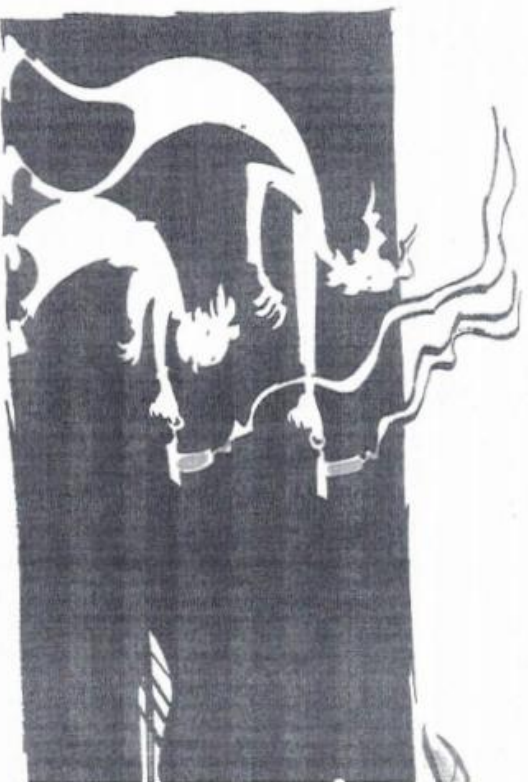
La verdad era que no habíamos previsto nada para neutralizar un comportamiento como aquél.

—De momento, lo mejor será cerrarle el paso.

El abuelo corrió hacia la ventana de la cocina, puso la reja en su sitio y la aseguró con el candado.

Entonces, el Hombre del Saco atacó. Con un grito de rabia, salió del comedor, recorrió el pasillo y llegó a la cocina hecho una furia.

El abuelo apenas pudo esquivarlo, pero vio cómo el monstruo iba a parar contra la reja, y cómo la agarraba y forcejeaba con ella.



Entretanto, el abuelo salió de la cocina, cerró la puerta rápidamente, me agarró de la mano y me arrastró hasta el almacén. Allí podríamos escondernos entre las maderas.

El Hombre del Saco, cansado de pelearse con la reja, sin poderse librar de la red blanca que lo envolvía, retrocedía. Por el pasillo, hacia el taller de mi padre, hacia el almacén: ¡nos perseguía!

—¡Corre, Daniel, corre! —me suplicaba el abuelo.

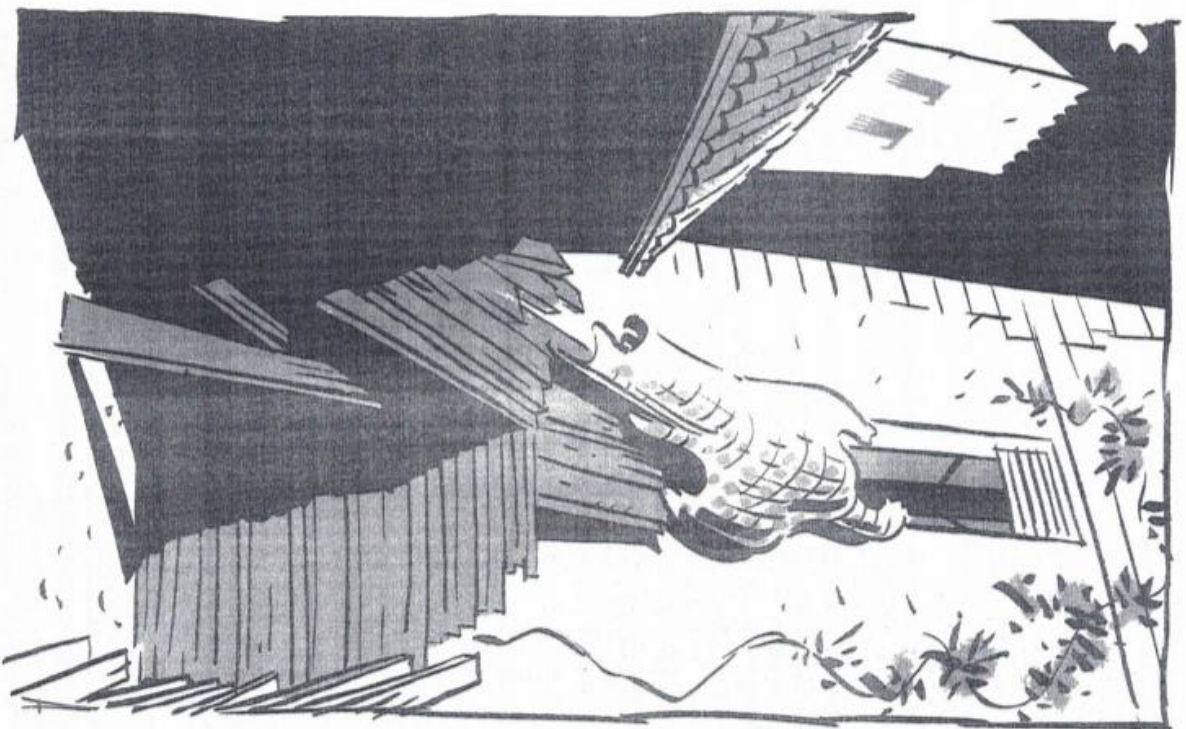
Nos escondimos detrás de la sierra mecánica.

Pasó de largo. No quería hacernos daño: sólo quería huir de allí.

Vimos cómo salía al almacén, cómo se encaramaba por las pilas de madera y llegaba hasta la ventana de la casa de los nuevos ricos, y cómo se colaba por ella. Siempre envuelto en la red blanca y espesa.

A continuación, otro chillido alteró el silencio. El chillido de la señora de los abrigos de piel, que se había llevado un susto terrible al ver correr por su casa a un hombre envuelto en algo semejante a una sábana blanca. Era lo más parecido a un fantasma que la pobre mujer había visto en su vida.

El marido de la señora de los abrigos de piel era alto y fuerte y no estaba para impertinencias. Al verse amenazado, agarró un cenicero de bronce y lo descargó sobre la cabeza del intruso, que cayó redondo al suelo.



Al momento, se oyeron las sirenas de los autos de policía y el jardín de la casa de al lado se llenó de luces azules intermitentes. Vimos cómo el Hombre del Saco salía esposado y cabizbajo entre dos agentes de policía que lo sujetaban por el brazo.

El abuelo me dijo:

—No te muevas de aquí.

Y salió corriendo para hablar con los policías. Yo, naturalmente, no le hice caso: fui tras él y oí cómo les decía que aquél no era un delincuente normal y corriente, sino el peligroso Hombre del Saco.

Los policías lo miraron con sorpresa, un tanto maravillados, mientras el abuelo les instruía sobre cómo debían actuar para neutralizar sus poderes mágicos.

—¡Conque el Hombre del Saco! —dijeron los dos policías con severidad—. Pues no se preocupe, abuelo, que ya sabemos nosotros cómo hay que tratar a esta clase de monstruos.

Así que se lo llevaron y nos quedamos mucho más tranquilos.

Más tarde, llegaron mis padres y les tuvimos que explicar la causa de tantos estropicios. El abuelo se lo aclaró todo. Dijo que yo no tenía ninguna culpa, ni de aquel descalabro ni de todas las travesuras que había cometido durante los días anteriores.

—Todo es culpa mía —les dijo—. Este chico ha sido un héroe que me ha ayudado a cazar al Hombre del Saco. Gracias a él y a su coraje, todos los niños del mundo se verán libres para siempre del temor a que este monstruo se los pueda comer o se los pueda llevar a un calabozo para agotarlos.

Papá y mamá se miraban, y miraban al techo y se pasaban la mano por la cabeza, atónitos, al darse cuenta del peligro que habíamos corrido. Luego, me dieron un beso y, no sé por qué, mi madre, muy benevolente, me dijo que no le hiciera caso al abuelo.

¡Si no le llego a hacer caso, a estas horas tal vez estaría en poder del Hombre del Saco!

Por la noche, oí cómo hablaban en su habitación, creyendo que yo dormía.

—No me imaginaba que sería tan terrible —comentaba mi padre. Sin duda, hablaba del monstruo. Y, a continuación, refiriéndose al abuelo—: Quizá deberíamos llevarlo de nuevo a la residencia...

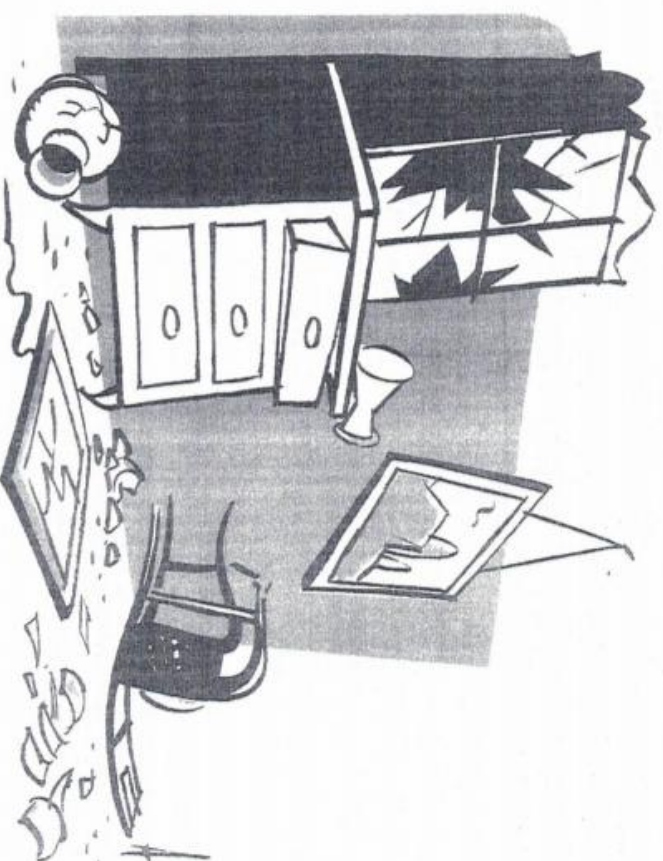
Supuse que quería protegerlo de la venganza del monstruo. Mi madre, en voz baja, le dijo que no, que debía quedarse con nosotros, que teníamos que cuidarlo, que era muy mayor.

No volvimos a hablar del Hombre del Saco.

Días después, cuando fui al bar de enfrente a comprar una gaseosa, el propietario estaba contando su versión de los hechos.

Un ladrón había intentado entrar en la mansión para robar a los nuevos ricos, pasando por nuestra casa. Y se había encontrado con el abuelo y conmigo, que habíamos frustrado su intento.

Como premio, delante de toda la clientela, el dueño del bar me regaló la gaseosa.



Pobre hombre, qué equivocado estaba.

Hay gente así, que se agarra a la primera idea y luego es incapaz de cambiar aunque le pongan la realidad en las narices. No hay nada que hacer.

Salí del bar muy contento, sintiéndome mucho más sabio que todos los grandulones que no paraban de charlar ahí dentro.